

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXXI - Septiembre-Octubre de 1954 - Núm. 351-352

Luis Durand

LUIS DURAND ha muerto. Sus manos mortalmente enfermas prepararon este número de "Atenea", y cuando se disponía a revisar las pruebas, se durmió en la eternidad, el 11 de octubre.

Dirigió Luis Durand esta revista durante más de ocho años, con la voluntad de quien vuelca en la faena creadora sin término la emoción de la belleza y las concepciones del pensamiento. Fue "Atenea" hogar de su espíritu, se identificó con su orientación cultural y abrió generosamente sus páginas a cuantos quisieran expresar los desvelos de las investigaciones filosóficas o científicas y las instancias de la intuición artística.

No es el momento de analizar su intensa y fecunda labor literaria, dada en cuentos, novelas y crónicas. Pero compartiendo la simpatía y afecto que se ganó entre sus numerosos lectores, presentimos que su nombre perdurará en las letras chilenas con relieve singular, inconfundible. Pocos como él han adentrado más profundamente en el alma de nuestro pueblo, sobre todo en el campesinado. Conoció sus modos típicos de vivir, supo de su desamparo, recogió su habla peculiar, dramatizó sus amores primitivos y transmitió con sinceridad impar cuanto la avidez de su percepción captó en el campo o en la ciudad.

Era del sur, de la antigua Frontera. Allí pasó su niñez y ado-

lescencia, con ese discurrir sentimental y soñador de las apetencias juveniles. Luego, impulsado por su condición de escritor nato, revivió el amplio cuadro de su existencia. Hombres, sucesos y ambientes afloraban de sus recuerdos para transmutarse en ficciones de honda raíz humana.

Como un observador sagaz del mundo circundante y un sensitivo pronto a la evasión romántica, alternaba el realismo doméstico y viril con la ensoñación vagorosa y nostálgica. Llevó a las letras nacionales huasos genuinos, auténticos, arrancados de la campiña, montaña o aldea, para tallarlos con rasgos indelebles en los protagonistas de sus cuentos y novelas.

No necesitó Luis Durand ir al campo para hacer literatura. Lo llevaba dentro de su corazón. Escribir sobre los seres y las tierras de su mocedad era sintonizar la vibración de su propio existir. Pintó el paisaje no con el cromatismo sensorial de la visión externa, sino con la efusión de quien lo comunica con vehemencia sentimental. El lector no sólo ve la naturaleza sureña. La vive junto con el autor. En sus descripciones contemplamos la diafanidad azul de los cielos australes, caminamos entre las lianas de la selva umbría, nos extasiamos ante la placidez de los ríos, escuchamos el rumor de las aguas torrentosas, percibimos el ulular del puelche, nos adormecemos con el gotear incesante de las lluvias y nos sobrecoge por igual el tono desvaído de los lentos atardeceres estivales como la brusca precipitación de la noche invernal.

En ese escenario viven el huaso ladino, astuto, buen comedor y mejor bebedor; la hembra robusta, pródiga y sufrida; los mozos pícaros y andariegos. Su repertorio humano fué amplio. También retrató con recios perfiles al trabajador esforzado que se abre camino a punta de coraje; a la maestra de aldea, tímida y abnegada; a la gente humilde y anónima que se consume en la rutina de los días sin esperanza. Mundo novelesco el suyo como su propia condición anímica, de variadas reacciones: alegre, socarrón y oportuno; se entregaba sin dobleces en la amistad; aislábase en la melan-

colía de un destino incierto; se daba pleno en la palabra bullente; se ocultaba en su timidez congénita. Anverso y reverso de su personalidad, tan fielmente reflejada en su estilo.

Por sobre todo, un hombre, un hombre íntegro, cordial, abierto. Por eso la alta estimación que se granjeó en los medios literarios y el pesar sincero que su partida sorpresiva ha suscitado.

El próximo número de "Atenea", en que colaborarán prestigiosos escritores nacionales y extranjeros, será en homenaje al autor de "Frontera", "Mercedes Urizar", "La noche en el camino" y de los inolvidables cuentos "La picada", "Vino tinto" y "Afuerinos", que se leen y releen porque él tuvo el don de atraer y retener a quienes leían sus obras e intimaban en su trato personal.

La Universidad de Concepción, a través de "Atenea", expresa la aflicción que le causa el fallecimiento de su leal y eficiente colaborador y escritor representativo de nuestras letras, Luis Durand.